

# Prólogo

RONDA, MÁLAGA, MARZO DE 1883

Gregorio Luján estaba muerto.

Su cadáver parecía mirarme implacable, sentado en su silla de roble y con la cabeza ligeramente ladeada. De su pecho sobresalía el mango de una daga alrededor del cual una mancha inmensa de sangre teñía su camisa, desembocando en un escandaloso charco a sus pies. Podría haberme asustado por todo lo que aquel inesperado recibimiento suponía, pero solo resoplé con fastidio, mientras dirigía mis ojos hacia el aspecto inmaculado del despacho en penumbra. Nada parecía fuera de lugar. Como si el viejo hubiera acogido a su atacante con los brazos abiertos.

Rodeé la mesa con cautela, deteniéndome en la ventana cerrada. La oscuridad de la noche era tan densa como el silencio. Un inquietante hormiguelo me recorrió la columna vertebral, recordándome que me sobraban las razones para caer presa del pánico. Casi esperaba que, de un momento a otro, aquel rostro me hablara. Eso sería más normal que el sospechoso silencio en el que él y yo nos veíamos envueltos, aunque, en aquellos momentos, yo era el más indefenso de los dos. «¡Huye! —gritó mi cabeza—. ¡Olvídate de lo que has visto!» No le hice caso. Quedaba claro que la prudencia no era una de mis virtudes, y menos cuando mi única posibilidad de escapar a mi destino acababa de evaporarse como el humo.

Miré a mi alrededor con recelo, pensando que el asesino podría encontrarse entre la ausente servidumbre de Luján. Desde luego, razones no le hubieran faltado. El despotismo de don Gregorio con sus subordinados era tristemente famoso, y el orden que me rodeaba parecía indicar que el asaltante era alguien conocido.

Al percibir la completa oscuridad que se extendía más allá del despacho, recordé que me había encontrado la puerta principal abierta de par en par. Una invitación que había aceptado gustoso, dirigiéndome a la única estancia que parecía arrojar una pequeña

ráfaga de luz, sin pararme a pensar que aquello podría suponer una temeridad. Pero la prisa que me movía procedía de la más absoluta desesperación.

Volví a resoplar con más fastidio que antes y me senté frente al cadáver de Luján. Lo mirara por donde lo mirase, yo, Lorenzo de Casanueva, estaba en un serio aprieto con una difícil salida, que pasaba por la única hija de don Gregorio: Marina Luján. Como si no fuera suficiente desgracia que mi hermano Diego y aquel hombre hubieran acordado mi unión con ella sin consultarme antes, ahora el padre de la muchacha estaba muerto. Marina era una total desconocida para mí. Ignoraba todo acerca de su persona: si era hermosa, alegre e inteligente o si, por el contrario, estaría amargada por su larga y forzada soltería.

Mi estómago se contrajo al pensarlo, pero volvió a relajarse cuando recordé que Diego me había asegurado que Marina era una muchacha muy joven. Un excelente partido. Y para ser sincero, fue lo único que me aseguró de ella, para pasar a ser contundente con el resto: yo vivía en su casa y bajo sus reglas. Debía sacrificarme por el bien común. Aun así, intenté mostrarme razonable para hacerle ver que nada lograría si yo me oponía.

El altar significaba para mí un auténtico cadalso. Era un pobre cordero a punto de ser sacrificado. Sí, de acuerdo, quizá ese sacrificio fuera muy pequeño en comparación con todo lo que arreglaría, pero me veía incapaz de renunciar a cualquiera de las tres cosas sagradas en mi vida, a saber: la familia, la independencia que mi cargo al frente de la fábrica me otorgaba y la libre elección de compañía femenina que se derivaba de esa independencia. Y no necesariamente por ese orden.

Lo último que deseaba era echarme una cadena al cuello en forma de muchachita mojigata e ignorante, instruida por un puñado de monjas que nada sabían acerca de satisfacciones masculinas, para quien los «asuntos» maritales serían una condena. Tan frágil como una figurita de porcelana china. Una fría compañera de cama que no despertaría en mí ni el más mínimo chispazo de interés. Pero como Diego no daba su brazo a torcer, me vi obligado a tomar la segunda opción viable: convencer a Luján. Iba cargado con una buena lista de defectos acerca de mi persona en

la esperanza de que, cuando los oyera, él mismo se diera cuenta de que yo era lo menos adecuado para su hija.

Pero me recibía su cadáver.

Sin alterarme, comencé a pensar en todo tipo de posibilidades. La primera se reflejaba en Marina. A partir de aquel inesperado momento, la única heredera del banquero. Llevaba horas devanándome los sesos para encontrar una salida mucho más honrosa y menos perjudicial para mi varonil fama cuando, de pronto, aquel matrimonio comenzó a parecerme mucho menos desagradable. Mi unión con Marina me convertiría en el único administrador de unos bienes que, con la muerte de su acaudalado padre, serían mucho más cuantiosos de lo que podría suponer una simple dote. Un dulce tan apetitoso como para pensar en mantener el buen nombre de mi esposa, por mucho que esta supusiera una espina clavada en mis partes íntimas. Porque si atendíamos a la segunda posibilidad, eso era exactamente lo que podría suponer mi compromiso.

En aquel despacho solo estábamos Luján y yo. Cualquiera que entrara en ese momento ataría cabos en una dirección equivocada. Tenía que reconocer que aquello parecía lo que no era: el futuro yerno del banquero, vencido por la ambición, se asegura la sucesión en su patrimonio antes de que la boda se lleve a cabo. El severo retortijón de tripas que sentí al pensarlo me llevó a tomar la única solución posible: debía avisar a los Civiles de lo ocurrido, pese a ser, en apariencia, el único testigo de aquel macabro descubrimiento.

Mucho más satisfecho conmigo mismo, me levanté resuelto a salir del despacho.

Quizá fue el exceso de confianza y de vino lo que hizo que bajara la guardia y no viera venir el ataque. Cuando quise darme cuenta, alguien había surgido de las sombras para empujarme contra la mesa de Luján, con tanta fuerza que el borde se clavó en mi estómago. Gruñí de dolor, pero intenté reponerme con rapidez. Seguramente aquel hombre era el asesino de don Gregorio; mi inesperada presencia lo habría cogido desprevenido y ahora intentaba escapar.

Me armé de valor para impedirselo. Apoyándome en la superficie de la mesa, me giré, dispuesto a presentar batalla, pero tan

solo pude forcejear un poco cuando me inmovilizó, agarrando mi garganta hasta que el aire me faltó. Los ojos me lagrimearon y la sangre comenzó a presionarme en los oídos. La luz era demasiado pobre para distinguir sus rasgos, pero pude ver el parche que cubría su ojo derecho antes de que una espantosa mano de seis dedos se estrellara en mi rostro.

Intenté protegerme, pero no me sirvió de gran cosa. Nuevamente aquel puño deforme golpeó mi mandíbula, derribándome al suelo. La sangre atascaba ahora mi garganta y me impedía respirar; manaba a borbotones, empapando mi cuello y mi camisa.

—Tú te quedarás aquí, amigo mío.

Le oí pronunciar aquellas palabras con un extraño tono rasgado, casi burlón. No pude abrir los ojos para cerciorarme de lo que había visto. Tosí y me arrastré como una serpiente herida, pero el dolor era tan insoportable que ni siquiera pude pedir ayuda. Con un último esfuerzo, intenté retener los vestigios de consciencia que aún me quedaban justo antes de oír pisadas a lo lejos. Escuché un sordo gruñido y quise incorporarme al sentir la presión de una mano en torno a mi brazo, pero las fuerzas me abandonaron y todo se volvió negro a mi alrededor.

# 1

POSADA DE ADELA, AFUERAS DE BENAVENTE, ZAMORA, FINALES DE AGOSTO DE 1886

Rafael Mejía abrió los ojos de par en par, antes de frotarse la cara para poder orientarse mejor. ¿Dónde estaba? Carraspeó y se incorporó en la cama hasta posar los pies en el suelo. Cuando la luz del quinqué le permitió ver los austeros y escasos muebles de la estancia, recordó de inmediato. ¡Por todos los demonios! ¿Cómo podía haberse quedado dormido tan profundamente? Soltó un juramento. Ramona, una de las complacientes chicas de la posada, le había cedido gustosamente aquella habitación para que descansara, pero el breve intervalo se había convertido en un profundo sueño del que acababa de despertar.

Se acercó al espejo, pero casi tuvo que retroceder, asustado por la imagen que aparecía en él. ¡Jesús, menudo aspecto! Con el pelo castaño revuelto, la cara cubierta por una sombra oscura de barba y los ojos aún medio cerrados, acababa de pulverizar la imagen que mostraba a toda la villa: un hombre atractivo, elegante y distinguido. Aunque, al menos por esa noche, tendría que contentarse con lavarse un poco con el agua de la palangana, antes de intentar en vano alisarse los pantalones y las arrugas de la polvorienta camisa, para abandonar la alcoba con paso apresurado.

El ambiente del salón principal de la posada estaba tan cargado de humo que los ojos comenzaron a escocerle. Su amiga Adela disfrutaba de un lleno espectacular. Lo corroboraba un conjunto ensordecedor de voces de lo más variado, que iban desde las risas de los parroquianos hasta los gritos de alguna discusión provocada por las partidas de cartas y el exceso de vino, observaciones obscenas e incluso exclamaciones reprobatorias cuando algún moscón inoportuno se pasaba de la raya.

Rafael se dirigió al mostrador, devolviendo el saludo a un par de Civiles, vestidos de paisano y apostados junto a la puerta lateral que daba paso al patio trasero. Después, centró su atención en la

jarra repleta de vino que Ramona le sirvió, con su habitual despapajo y un par de gloriosos pechos que meneó ante su mirada indiferente, antes de dirigirse a una solitaria mesa en un rincón igual de solitario. Aquello era justo lo que necesitaba para poder analizar su plan en el poco tiempo del que disponía. Claro que no todos opinaban como él. Adela lo vio derrumbarse sobre la silla y consultar su reloj de bolsillo antes de comenzar a beber. Suponiendo cuáles eran las prisas que le nublaban el gesto, pidió a Ramona un vaso y se dirigió hacia allí, soportando su mirada asesina mientras tomaba asiento.

—Dichosos los ojos, Mejía —saludó, casi gritando para hacerse oír—. Hacía mucho tiempo que no te dejabas caer por aquí.

Rafael comenzó a resoplar. Se acercaba otra conversación de las suyas, fingiendo una pelea a través de la cual le recriminaría todos sus actos pasados, presentes e incluso futuros. Siempre había sido así entre ellos, a pesar de que sus encuentros se espaciaban irremediablemente en el tiempo.

—El trabajo me ha tenido lejos más de lo esperado —se excusó.

—¿Descansaste bien?

—Demasiado bien, para ser exactos. Incluso me olvidé de bajar a saludarte.

—Claro... ¿Y no será que la baronesa Guzmán te ha dejado por fin libre y por eso andas tan distraído?

El nuevo resoplido fue más audible y menos resignado.

Su fama le ponía muy difícil mantener la discreción en una villa como Benavente, donde los rumores corrían como la pólvora. Él y su amigo Santiago Canales se habían convertido en auténticos héroes locales desde que, hacía años, detuvieron a un anarquista demente que pretendía volar dos carromatos atestados de trabajadores de la baronesa, con una buena carga de explosivos en medio del camino.

Esa posición aventajada para muchos no lo era tanto para él. Le había costado privacidad, sobre todo cuando el nombre de la baronesa se mezclaba con el suyo. ¿Y todo por qué? Por el empeño de ciertas personas en ver sentimientos complicados donde no los había. Para él, su corazón era el órgano que latía dentro de un espectacular cuerpo, nada más. Incluso la baronesa se había

dado cuenta, antes de que la tomara por una amante demasiado pegajosa. No tuvo que convencerla de que su interés sexual se había convertido en simple cariño, ni lidiar con lágrimas y gritos, para su tranquilidad. No hubiera sido la primera vez que debía soportar escenas difíciles de catalogar, como mínimo.

—No tengo ganas de hablar del tema —dijo con sequedad.

—Pero lo harás de todos modos —insistió Adela—. Estás demasiado tenso como para no acceder a una conversación intrascendente con una buena amiga.

—Tus conversaciones nunca son intrascendentes, aunque te lo agradezco. Ahora el Flaco ocupa toda mi capacidad de atención. Ese puñetero contrabandista me ha quitado el sueño.

—Tanto como antes te lo quitaba la baronesa.

—¿Quieres bajar la voz? —le advirtió él, inclinándose hacia delante—. Nunca ha sido mi intención destrozr reputaciones ajenas, y la de Claudia menos todavía. Para esta villa, mi relación con ella siempre ha sido estrictamente profesional.

—¡Por favor! —exclamó Adela con su desparpajo habitual—. Eres el personaje más reconocido y respetado de Benavente, tan influyente como ella. Seguro que todo el mundo celebraría vuestra boda.

¡Boda! Rafael decidió terminarse el vino de un trago para ahogar el espanto que aquella palabra le producía. No podía evitar sentir escalofríos al oírla.

—Con qué alegría echas el lazo sobre cuellos ajenos —protestó—. No me convienen las ataduras de ningún tipo. Corro demasiados riesgos en mi trabajo.

—Te sobra gente para correr esos riesgos por ti. —Adela respondió a la mirada oscura de Rafael con una sonrisa despreocupada—. Y ella te prestó el capital con el que Santiago y tú creasteis vuestra empresa.

Así había sido. Enclavada en medio de dos importantes ríos que regaban sus huertas y las de los pueblos aledaños, Benavente disfrutaba de una posición privilegiada para el tránsito de transportes. Desde allí, Los Vigilantes de Castilla, la empresa fundada por él y Santiago, había extendido su fama, realizando trabajos en los puntos más diversos del país.

Formada en su mayoría por hombres de Benavente y alrede-

dores, su misión era actuar complementando la labor de la Guardia Civil. Una especie de escolta privada para aquellos que requirieran de sus servicios, tanto para el transporte seguro de mercancías como para la discreta investigación sobre personas. Y Claudia había tenido mucho que ver en el asunto.

—A la baronesa ya le devolví el favor prestado, tanto en moneda como en especie. Está satisfecha en ambos sentidos. —Su dedo índice recorrió el borde del vaso con ademán pensativo—. A partir de ahora, ella no será más que una buena amiga.

—Demasiado prepotente, aunque muy civilizado —opinó Adela, volviéndole a llenar el vaso—. Recibiría la noticia con gusto si no fuera por esa cara avinagrada que estoy obligada a soportar desde que me he sentado a tu lado.

—Que Dios no te dé lo que no quieres.

—Solo intento hacer la buena obra del día. Ha sido decepcionante ver cómo ignoraste el precioso busto de mi Ramona hace un momento. ¿A quién le amarga un dulce?

—A quien se ha empachado con ellos, como es mi caso —replicó con espantosa indiferencia, mientras encendía un cigarro y aspiraba el humo—. Son ya tantos que ni siquiera me alteran.

—Esa soberbia que te gastas acabará pasándote factura. —Él chasqueó la lengua con fastidio, pero no hizo más. Adela era una de las privilegiadas que podía hostigarle sin miedo a las consecuencias—. Algún día no muy lejano alguien te dará a probar un poco de tu propia medicina, Mejía. Acuérdate de lo que hoy te digo.

—Solo espero que, para entonces, mi memoria sea tan buena como tu vista —le respondió—. Parece que no me has quitado el ojo de encima.

—Desde que te vi aparecer por las escaleras. Un espécimen como tú no pasa desapercibido así como así.

Rafael la miró de reojo, sin saber si aquello era un halago o una crítica. Y era mejor no averiguarlo.

—Tienes un éxito rotundo con la posada —dijo, cuadrando sus anchos hombros en el respaldo de la silla y estirando las piernas por debajo de la mesa.

—Tu presencia aquí siempre origina un pequeño revuelo, ya lo sabes.



—Es normal que la gente me quiera expresar su agradecimiento. Les he proporcionado un trabajo distinto del que se ofrece en las fábricas de harina —añadió sin reparos—. Incluso el alcalde se siente aliviado en sus jornales de invierno<sup>1</sup>. Un poco de variedad no está nada mal.

—Eso es precisamente lo que tenemos aquí, querido. Variedad.

—Nunca entenderé por qué la llamas «posada» cuando presentas otra clase de servicios —replicó él, desplegando su primera sonrisa de la noche.

—Porque lo es. —Adela hizo chocar sus vasos con un chispazo travieso en los ojos—. En mi casa, los hombres comen succulentos manjares y duermen en una compañía inmejorable. Quizá si te sirvieras de ambas cosas, el carácter se te endulzaría.

—Tendría que ser algo sublime —comentó, haciendo un calculador recorrido por las mujeres que iban y venían entre las mesas—. No perdería el tiempo en otra cosa, y ya conozco tu material.

—Voy a hacer como que no te he oído. —Adela frunció el ceño. Por mucho tiempo que pasara, nunca terminaría de acostumbrarse a esa soberbia tan espontánea—. Si dejaras de mirarte el ombligo, verías que la mayoría están dispuestas a hacerte un servicio completo gratis. Permíteme que te diga...

—¿Y si no te lo permito?

—Te lo diría igual —insistió ella, cruzándose de brazos con obstinación—. Cualquiera cardo del camino tiene un tacto más suave que tú. Sigue mi consejo y sé más galante con las damas.

Rafael entrecerró los ojos, como si realmente considerara la propuesta... Hasta que arrojó el cigarro para enlazar las manos en su nuca, con la indiferencia de aquel que oye llover.

—En primeras —comenzó a recitar—, yo no veo por aquí a ninguna dama. Y, en segundas —añadió con las cejas alzadas, antes de que ella pudiera protestar—, soy atractivo y elegante, con po-

<sup>1</sup>Jornales ofrecidos por el Ayuntamiento para paliar los efectos de la escasez de trabajo en invierno. (*N. de la A.*)

sesiones suficientes como para deslumbrar a cualquier mujer que presuma de serlo. No necesito la galantería para seducirlas, a juzgar por cómo ellas se abren de piernas en menos tiempo del que tú emplearías en llenarme de nuevo esta jarra de vino.

Parecía convencido de lo que decía, y no era de extrañar. Aquel era el efecto que provocaba en las mujeres. Él ignoraba qué clase de morbosa atracción veían en sus modales bruscos y desdeñosos, o en la frialdad de sus actos. No era ningún mujeriego. Si besaba, acariciaba o fornicaba, lo hacía por pura necesidad física. Pero, cuanto más ponía de manifiesto su indiferencia con respecto a satisfacciones ajenas, más suspiros de anhelo despertaba.

—Eh, pare el carro, Su Graciosa Majestad —se burló Adela, con una exagerada inclinación de cabeza—. Esas fanfarronadas son la muestra de que necesitas con urgencia las atenciones de una mujer, pero lo único que conseguirás el día menos pensado será una patada en los innombrables.

—Menos guasa. Toda la que se acerca a mí sabe a lo que atenerse. Ni miento, ni engaño ni ofrezco amor eterno.

Adela le dedicó una carcajada llena de admiración. Aquel hombre poseía una capacidad de adaptación encomiable. Igual alternaba con lo más selecto de la sociedad, haciéndose notar para bien en el Casino de la villa, que jugaba partidas de cartas en la posada junto a sus trabajadores apostando como el que más, se remangaba la camisa para faenar con el capataz de su finca o empuñaba un arma para cumplir con cualquier misión como un Vigilante más. Y lo hacía sin perder aquel aire de respetuosa cercanía que todo el mundo se sentía obligado a ofrecerle.

—Pues date por contento si ahora mismo no te pateo el culo por bribón deslenguado —le respondió, fingiendo enfado.

—En el fondo estás deseando que pasemos el tiempo como dos gallos de pelea. —Él le guiñó un ojo, totalmente inmune a sus advertencias—. Te encanta mi manera de ser, como a todas. Tienes la suerte de contar con mi presencia. Por eso no me echarás.

—No te echaré porque suelo ser bastante generosa con mis amistades —puntualizó Adela, sin que aquella retahíla de «autohalagos» la enervara lo más mínimo. Se conocían lo suficiente como para utilizar la mutua sinceridad sin que pareciera ofensa.

—Qué bien —replicó Rafael, satisfecho ante su cara de espanto—. Así podrás hacerme una oferta: dos fulanas por el precio de una.

—Déjate de monsergas, Mejía. Nuestra amistad no alcanza a tanto. En mi local hay muchas formas de matar el tiempo, pero todas previamente remuneradas.

Con gesto exagerado, bamboleó sus voluminosos pechos delante de una mirada masculina que no demostró ningún interés.

—¿Te estás ofreciendo como candidata? Mira que tengo pocas tragaderas, y menos cuando la edad de la mujer en cuestión supera ciertos límites...

Adela se echó hacia atrás en su silla. Acababa de decidir que la mejor manera de encarar la grosería innata de aquel hombre era alegrándose con más vino.

—No entiendo qué vio la baronesa en ti, aparte de tu portentoso físico —murmuró, dándose por vencida.

—Le bastó con eso —se jactó Rafael, con una petulante sonrisa en sus sensuales labios—. Al resto se empeñó en llamarlo «amor». Por eso terminé con ella.

—¡Serás...! —A falta de un adjetivo adecuado, Adela se propuso utilizar el mismo tono irónico que él—. Y para ti, hombre sabio y prudente donde los haya, ¿qué es el amor?

—Una palabra ridícula a la que ciertas personas recurren para excusar sus tontas debilidades con el sexo opuesto —manifestó con demasiada prisa.

Un poco tarde, se dio cuenta de que la había ofendido. En cuanto recordó que fue un amor lleno de falsas promesas y un deshonesto abandono los que, hacía ya muchos años, la habían empujado a su actual vida. Con un lamento apagado, se frotó la nuca antes de acometer el rostro pálido y la mirada fría de su amiga. ¡Por la Santa Inquisición! Ahora tendría que elaborar una disculpa, algo que se le daba peor que mal. Y todo por no haber sujetado la lengua a tiempo.

—Esto... Adela...

Intentó pronunciar la palabra «perdón», pero como esta parecía empeñada en no materializarse, alargó una mano para tocar el brazo de la mujer en un intento por reconfortarla.

—Déjalo, Mejía. Sé que tus intenciones son buenas. Ha pasado

demasiado tiempo, y demasiados hombres, como para que aún escueza. En el fondo tienes más razón que un santo. —Con una triste sonrisa, señaló la puerta abierta del patio trasero por la que apareció Cosme, uno de los hombres de confianza de Rafael, cedido por este para encargarse de la seguridad de las mujeres que trabajaban en la posada—. Creo que ya tienes vía libre para hacer lo que quieras.

—Se agradece.

No parecía en absoluto incomodado por el desliz. La expresión que ahora adornaba sus ojos castaños era tan adorablemente canalla que Adela no pudo evitar ser benevolente con él.

—Cualquier cosa es buena para el héroe de Benavente —concedió.

—¿También prestarme el patio de atrás?

—Si es para bien, por supuesto. —Con un guiño cómplice, Adela terminó acariciando su áspera mejilla—. Incluso estoy dispuesta a perdonar la jarra de vino y el uso de mi alcoba, si me dices quién es el siguiente incauto que estará en tu punto de mira cuando el Flaco haya caído.

—Siempre negociando para sacar el mayor provecho de cada situación... —apuntó él chasqueando la lengua—. Si te lo contara, sabrías tanto como yo, pero que conste que pagaré mi cuenta religiosamente.

Visiblemente satisfecho por el efecto causado, la dejó y apartó a Cosme del grueso de la clientela.

—¿Ya está todo preparado? —preguntó con disimulo. Cosme asintió—. Confíemos en que Samuel haya hecho bien su trabajo.

—Pondría la mano en el fuego por él. Es el hijo de mi mejor amigo, patrón. Recomendado por mí.

—Ha demostrado su valía infiltrándose en la banda del Flaco para ganarse su confianza.

—Samuel los ha tenido bien puestos para mantener el tipo, fingiendo ser uno más, hasta que todos han sido apresados —añadió Cosme.

—Todos excepto el Flaco.

—A ese está a punto de llegarle la hora. Seguro que se ha tragado toda la información que Samuel le ha hecho llegar. De lo contrario, ya le hubiera cortado el pescuezo. —El hombre señaló

el aspecto desarmado de Rafael—. Quizá debería procurarse algo con lo que defenderse.

—Si me ve así, bajará la guardia.

—De todos modos, si necesita compañía ahí fuera, no tiene más que pedírmela —insistió, no muy convencido.

Él la rechazó con amabilidad y avanzó hacia la puerta que daba acceso al patio. Antes de traspasarla, cruzó una mirada de entendimiento con los dos Civiles que lo habían saludado con anterioridad. Seguro de que habían comprendido su significado, enfiló el camino hacia la trampa perfectamente planeada.

## 2

Valentina no quería abandonar aquel escenario tan bucólico. A esas horas el calor todavía arreciaba de lo lindo, aunque fuera en el patio trasero y al aire libre, pero ella se consideraba una privilegiada. En las noches de verano como aquella, siempre se ofrecía voluntaria para recoger la ropa ya seca y sustituirla por la que lavaban al atardecer, en el río, o bien en la pila de la que disponían cuando la primera opción no era viable.

Se consideraba una persona voluntariosa, trabajadora y llena de tesón, que se levantaba con el alba y se acostaba cuando el atardecer ya quedaba lejos. Aunque ahora estuviera remoloneando. Aquella era una de las pequeñas cosas por las que merecía la pena vivir en la posada, alejada de la villa, junto a Adela, Cosme y el resto de las muchachas. Su familia.

Valentina nunca había conocido a su madre, pero Adela se había convertido para ella en mucho más que eso. Maestra, amiga e incluso profesora cuando la situación lo requería. De Cosme sabía que estaba casado, pero Dios no le había bendecido con ningún descendiente. Ellas llenaban ese vacío. Si algún cliente borracho quería marcharse sin pagar la cuenta, él le persuadía de lo contrario. Si, por el contrario, algún lugareño no aceptaba una negativa, allí estaba Cosme para hacerle recapacitar.

Era hermosa. Como cada una de sus compañeras. Un precioso ramillete que Adela manejaba con la maestría que los años le habían procurado, aunque nunca les imponía límites ni compañías. Siempre estaba sonriente, canturreando por las esquinas. Adela solía decir que, cuando ella entraba en alguna estancia, las penas salían corriendo, porque no había sitio para las dos.

Los soñadores ojos azules de Valentina volaron más allá del pequeño muro que separaba la posada y el patio, de los establos donde descansaban los animales de los muchos viajantes que pernoctaban allí. Cargó con el canasto y pasó junto a los bultos que

Cosme había apilado en el muro, cuando el sonido de un golpe seco a su espalda la obligó a detenerse. Se giró intrigada, pero alguien se le acercó por detrás y presionó su cuello con la punta de un cuchillo.

—Silencio, bonita. No te pasará nada si te portas bien, ¿de acuerdo?

Valentina se vio arrastrada junto a la mercancía. Aunque intentó resistirse, el desconocido la levantó en volandas. Ella cerró los ojos con fuerza, pero el chasquido de una cerilla al ser encendida le hizo abrirlos. Gracias a la noche estrellada y a la intensa luz de la luna, distinguió a la perfección la silueta masculina que se elevaba por encima del resto de las sombras, encendiendo un cigarro con total tranquilidad.

—Suéltala, Flaco. Esto es entre tú y yo.

El contrabandista la arrojó al suelo y sustituyó el cuchillo por una pistola con la que apuntó al desconocido.

—Debí suponer que tú estabas detrás de todo esto, Mejía.

—En efecto, debiste suponerlo. —Valentina sintió un tirón que la levantó del suelo—. Márchate de aquí cuanto antes —la instó una voz profunda, grave y muy varonil—. Estás en peligro.

Y muy lejos de esquivarlo. Llena de curiosidad, se arrinconó tras los bultos para observar la escena, sin un asomo de miedo.

¿Cómo iba a marcharse ahora? «Flaco» era un apodo demasiado popular como para que ignorara a quién pertenecía, y el apellido del hombre que lo enfrentaba le suscitó una inmediata admiración. Ni se le ocurriría perderse la oportunidad de contemplar cómo conseguía detenerlo. De espaldas a ella, Mejía se acercó a su asaltante con los brazos elevados a la altura del pecho.

—Un gesto muy galante el tuyo —alabó el Flaco con sorna—. Últimamente dejas bastante que desear como hombre.

—Ay, Señor, y yo que te creía más listo...

Su voz sonó aburrida, pero Valentina percibió el peligro que arrastraba con ella. Sin apartar la vista tanteó el suelo, buscando algo con lo que defenderse en caso de que lo precisara. Quizá su improvisado y, en apariencia, desarmado salvador, necesitara ayuda.

—Lo soy —escuchó replicar al contrabandista—. Averigüé que esto es una trampa urdida por ti.

—Premio para el caballero. —Rafael apoyó una de las manos tras él, en el borde de la pila destinada a lavar la ropa, mientras Valentina tomaba una afilada piedra—. Junto a esa puerta, dos Civiles esperan una señal para intervenir. Si disparas podrás acabar conmigo, pero al menos uno de ellos conseguirá reducirte. De cualquier manera, estás acabado. No me hagas perder el tiempo y ríndete de una vez.

—¿Ante alguien con los brazos en alto? ¡La baronesa te ha derretido el cerebro!

Valentina permanecía extasiada por lo que estaba viendo y oyendo. ¿Realmente aquel hombre pretendía reducir al Flaco así, por las buenas? ¿Sin ni siquiera una mísera navaja escondida en algún lugar que le sirviera de defensa?

—Estás acorralado —afirmó Mejía, sacudiendo la mano en su dirección.

El contrabandista emitió un gruñido de rabia.

—Pues te aseguro que tú no vas a salir airoso del asunto —farfulló con odio.

Con la rapidez que lo caracterizaba, el Flaco dirigió el cañón del arma directamente a su pecho. A la vez que Rafael se precipitaba hacia adelante para detenerlo, Valentina daba la voz de alarma, lanzando la piedra sin que le temblara el pulso. El impacto en su frente hizo que el contrabandista se tambaleara, pero Mejía no permaneció ileso, como ella esperaba.

El Flaco disparó. Rafael se llevó la mano al interior de su muslo derecho con un gruñido de dolor, pero cayó de espaldas, golpeándose la cabeza contra el borde de la pila. Casi al mismo tiempo, los Civiles hacían su aparición, aunque con demasiada lentitud. Recuperado del golpe de la piedra, el Flaco huyó, saltando el muro con agilidad.

—Don Rafael, ¿está usted bien? Señor...

Cosme se había arrodillado junto a él, pero su voz comenzó a espaciarse en el tiempo. Ya que no podía incorporarse, Rafael parpadeó para intentar que su visión fuera más nítida. En su aturdimiento, creyó ver el hermoso rostro de un ángel que se acercaba y le susurraba palabras que no pudo entender. Después de todo, era perfectamente consciente del golpe que acababa de darse en la cabeza.